

Numero 2.
EARTH
Plan
de la
Ciudad de
Cartagena y de Gimani,
de la Popa y de sus
Cercanias.
Agosto de 1823.
1 San Luca
2 Santa Catalina
4 Santa Clara
5 La Merced
6 La Cruz
7 Santo Domingo
8 Santiago
9 San Xavier
10 San Ignacio
13 San Pablo
14 San Andres
17 Barahona
18 Santa Isabel
21 San Josef
Ciudad
de
Cartagena
de Colombia
1823.

{

⏞

{{

⏞ }'

⏞

{

⏞

|

Raíces y Manglares

Quinto número del fanzine de Serpiente de Montaña

Editado por Flores de Fuego y Pájaros del Monte

Publicado el 2 de febrero de 2021

Bogotá, Colombia

Editorial

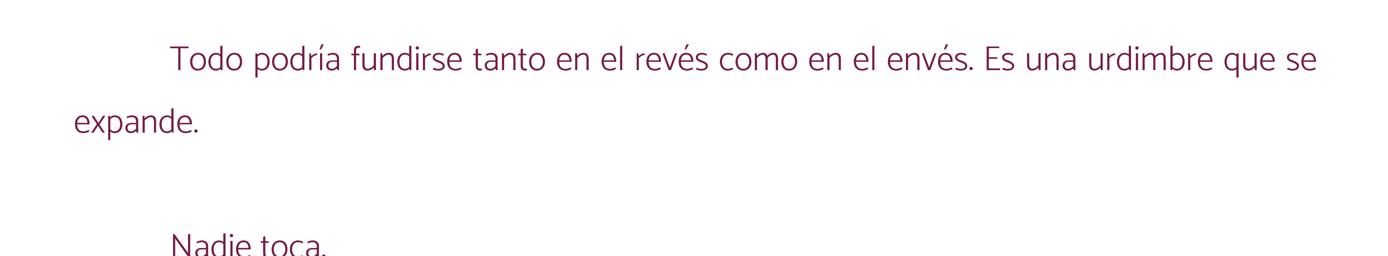
Sobre la superficie hay tierra, frutos maduros, hojas secas, animales microscópicos y grandes y pequeñas huellas que son el resultado de patas que pisan y dejan trazos.

Hay imágenes. Las cosas mismas son imágenes; todo cuanto percibimos es una imagen y, aunque en ocasiones no se ven, existen. La materialidad es legible cuando se convierte en sombra y logra tensarse mientras deja escasamente un destello. Lo que ocurre en el limbo es especulación. No es necesario constatar la existencia por medio del tacto, no vale la pena tocar.

Se diluye.

Existir es un acto de fe y, a su vez, la posibilidad de maravillarse y conmoverse.

En el subsuelo, líneas curvas logran entrelazarse. Un núcleo común es soporte y columna y determina un orden. Un tronco, visible en la superficie, es *ese cuerpo* leñoso que oscila entre el arriba y el abajo.



Todo podría fundirse tanto en el revés como en el envés. Es una urdimbre que se expande.

Nadie toca.

Todos tocan.

Nadie debería tocar.

El contacto disuelve y hace que el fondo se convierta en podredumbre de agua estancada que se aposa y no fluye.

¿Cuántas hectáreas has visto convertidas en humo y leña?, ¿a través de imágenes satelitales viste la tierra abierta, expuesta, sin raíz, sin troncos y sin ramas para las aves?, ¿el fango se convirtió en carretera?

Debajo, agua

abundante agua salada y dulce.

Existencia líquida.

Tras una pequeña exhalación logras decir las palabras *manglar* y *raíz*; *raíz* y *manglar*.

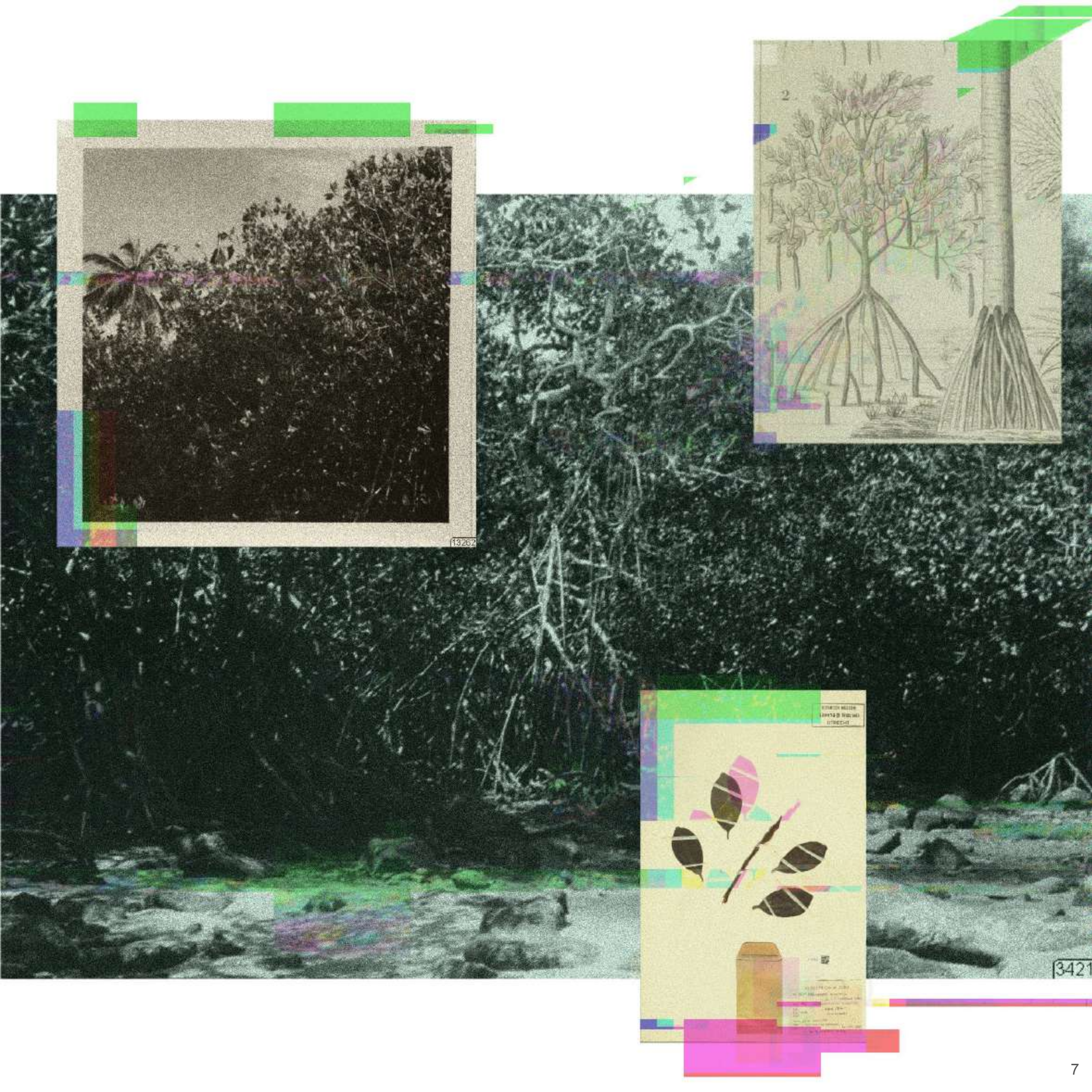
Son una imagen acústica y textual.

Ambas son hendidura, surco y rendija.

Una impronta.

Raíces y Manglares es un sistema radicular abierto. Un ecosistema de amortiguación físico y visual que se erige hacia el cielo y se hunde en la tierra para convertirse en bosque húmedo y denso repleto de agua y verdor. Es también la zona liminal del agua y la tierra: el hábitat de aquellas especies que, en condiciones adversas, se aferran a la vida y fluctúan entre lo acuoso y lo sólido. Plantas, animales, luz, secuencia acuífera, vida que se ensancha y protege de la ventisca. Una costa para arribar.

Todo este texto acuoso, fértil y viscoso es el producto del trabajo conjunto y heterogéneo de quienes sin conocerse recrean existencias rizomáticas. Cada yema es un órgano complejo que apunta y apuntala direcciones inverosímiles y en cuyos contornos a veces se dibujan formas y otras se deslien. Esperamos que este bosque espeso no los ciegue y sí sea una bocanada de oxígeno fresco que se convierta en flujo serpenteante para navegar sin chocar ni arrasar con aquello que no se ve.



Mi corazón es un pantano

Mi corazón es un pantano

Muy al fondo

Estoy yo
Enredada en la vegetación

O siendo devorada por un cocodrilo,
Mi corazón.

Mi corazón es un pantano

En el que vivo yo
Sedimento,
Maleza,
Araña de agua,
Mi corazón.

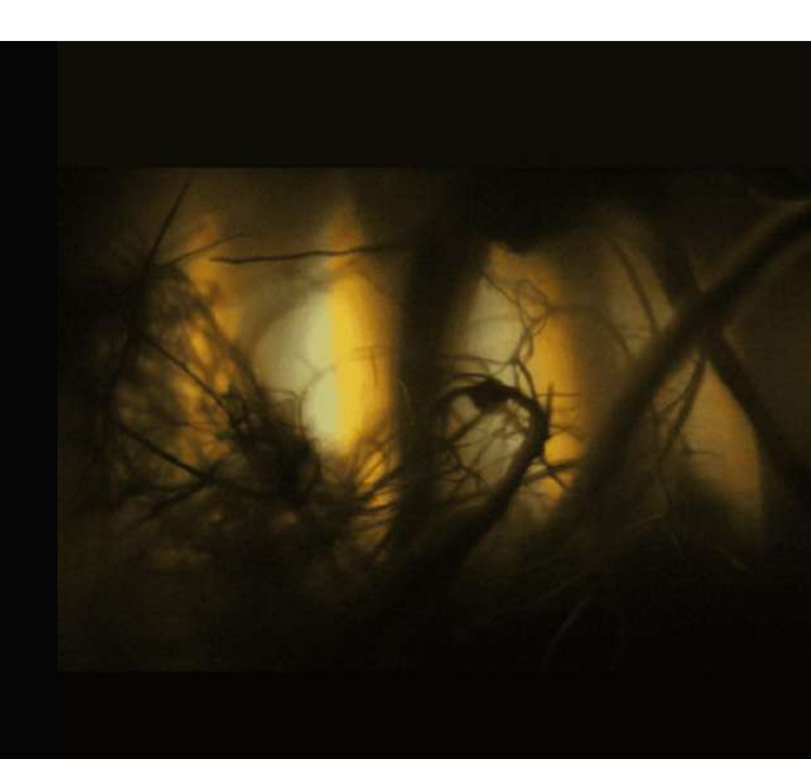


un abismo centelleante,
la negrura
del bosque subterráneo,
el pálido nido
de las migrantes fronteras de la tierra



Todo lo que está
refleja lo que
no está:
árboles en penumbra,
soles hundidos
en la oquedad
de las aguas.

Nélida Salvador
Lugares extraños (fragmento)

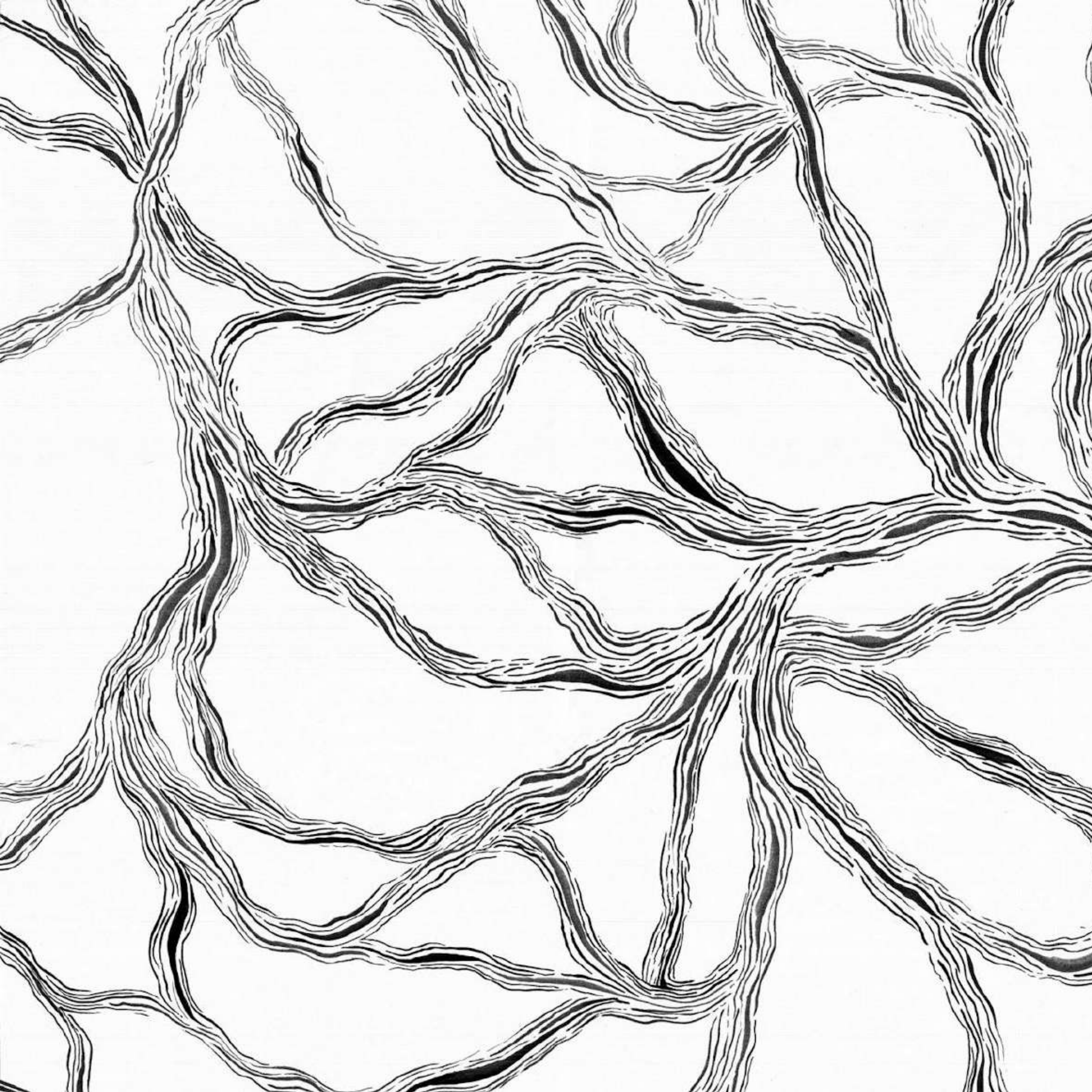


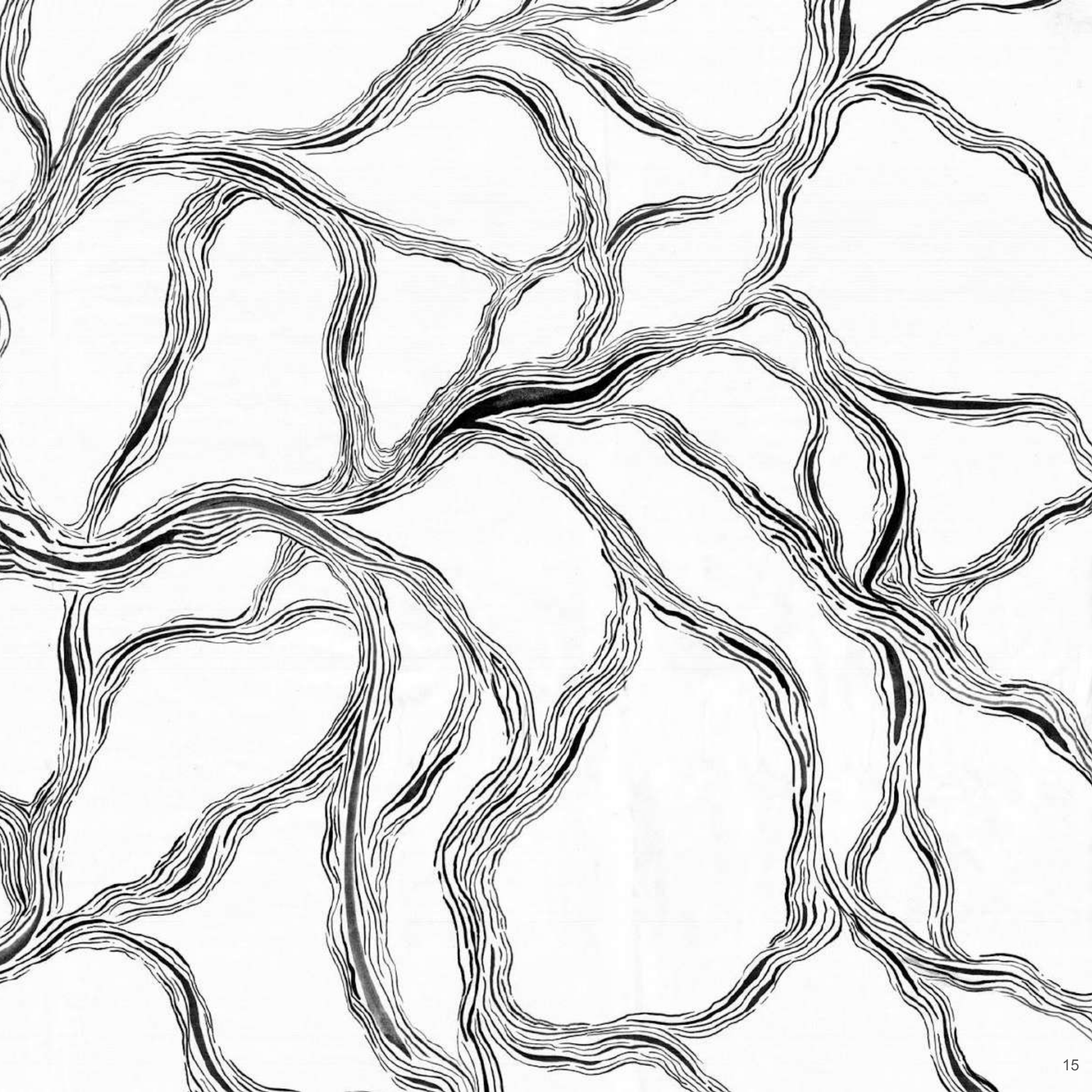
Cuerda y agua, agua y cuerda

Digo helecho
digo muelle
digo manglar
digo pájaro
digo para qué todo esto
digo canoa
digo rayo
digo para qué sirve dios mío
digo lluvia
digo nubes
digo motor
digo vendrá la suerte a recogerme
en este puñado de sal y alquitrán
en el que me obstino a vertir
mi sombra.

Corda e acqua, acqua e corda

Dico felce
dico molo
dico mangrovia
dico passero
dico a che scopo tutto questo
dico canoa
dico raggio
dico a che serve dio mio
dico pioggia
dico nubi
dico motore
dico verrà la sorte a raccogliermi
su questo pugno di sale e catrame
in cui mi ostino a versare
la mia ombra.







Dos abuelos

Imploré para que se me diera algo para decir sobre raíces, pero durante mucho tiempo nada apareció. Interpreté el silencio así: “no tienes muchas raíces ni mucho que decir al respecto”.

Cansado de esperar, fui una noche a comprar un azadón para escarbar; quería uno pequeño porque me resultan más fáciles de manejar y porque estaba convencido de que mis raíces eran más bien superficiales.

De noche son pocos los almacenes de insumos agropecuarios abiertos. Pero encontré uno en el que me ofrecieron dos: uno muy largo y el otro mediano. El pequeño no lo tenían. Me dijeron que en otro almacén nocturno, atendido por sus propietarios chinos, quizás lo encontraría.

Caminé hasta ahí, toqué un timbre y entreabrieron la puerta. Creo que notaron mi intranquilidad y afán por escarbar raíces, y se apiadaron de mí y me dejaron entrar. Todo era muy polvoriento y viejo. Casi pongo “antiguo”, pero no, era viejo que se veía todo. Recorrí sin que nadie me acompañara sus estanterías oscuras, apenas iluminadas por unos neones anémicos y demasiado espaciados en el techo. En los anaqueles más bajos no se veía nada, solo la sombra de los superiores, así que metí mis manos, tanteando.

Encontré allí palas, machetes, cuchillos bien afilados, una guitarra con las cuerdas sueltas, sogas, mangueras, un gato bebé dormido, paquetes de kilo de té negro, linternas recargables y cajas de velas, fósforos e incienso.

“No quiero quemar nada ni quiero llamas”, les dije cuando regresé al mostrador. “Quiero entrar a lo oscuro y entender cómo funcionan las cosas ahí, mis conexiones con otros humanos y otros seres”.

Me dijeron que entendían mi afán, que es muy triste, incluso trágico, no saber de raíces, pero que no podían enseñarme nada de eso. Las raíces de ellos estaban en otro lado, muy lejos, y hablarme de ellas sería como echarme mis faltas, que ni eran mías, en cara; además que saber de ellas no me guiaría en nada. ¿De pronto hablando con mis padres y abuelos?

Un abuelo me atendió la noche siguiente. Me miró con ojos entrecerrados y no dijo nada. Se notaba que era doloroso para él que le preguntara esas cosas. ¿Cómo podía ser yo su nieto y venir con esas dudas? ¿Tan mala labor había hecho su hijo? Su historia era triste y lo había dejado marcado con una desconfianza hacia todo y todos; era intimidante y lo rodeaba una niebla de silencio, que lo protegía y hacía remoto e inaccesible.

A mi otro abuelo lo encontré en un camino rural. Andaba ahí mirando fincas, se la pasaba en esas, mirando fincas e imaginándose su vida allí: las cosas que sembraría,

las vacas que tendría, las papayas maduras y plátanos que pondría en los postes para que los pájaros vinieran y le alegraran los días.

Pero no tenía plata y sí muchos hijos, así que la ilusión de sus imaginaciones, que se elevaba cuando salía a recorrer los caminos y las fincas, se volvía una roca alrededor de su cuello en el camino de regreso cuando, a medida que volvía a su vida, caía en cuenta de que las imágenes de esta finca que lo habían hecho sonreír jamás serían su realidad.

Volví donde los chinos y les conté de mis visitas a los abuelos. Era de día y el gato estaba en el contador, jugueteando con una polilla muerta. Ya les habían llegado los azadones cortos, me dijeron. Si aún quería uno me lo podían vender.

Lo llevé, salí al campo y empecé a escarbar. Vino el abuelo silencioso y triste a verme. Meneaba la cabeza sentado en el suelo, abanicándose con un pañuelo habano, como preguntándose qué daño cerebral o espiritual tendría su nieto para estar en esas.

Cuando el hueco ya tenía un metro de profundo, llegó el segundo abuelo y también se sentó a verme. En él no había decepción pero tampoco me miraba con cuidado. Pateaba la tierra que ya había sacado, para ayudarle a las chizas, lombrices e insectos gordos y con muchas patas a cubrirse de nuevo.

El azadón tocó algo. Con cuidado, despejé los lados, removí un poco más la tierra y vi la parte superior de mis raíces. El abuelo silencioso se paró, curioso, y bajó al agujero.

El otro abuelo, tras terminar de socorrer una lombriz muy roja, también vino.

Era una raíz extraña porque en realidad eran dos, solo que se juntaban en la parte superior, en donde parecían una. Al abuelo triste le brillaron los ojos. Era como si alguien que se ha convencido de que los tesoros no existían se encontrara uno: había algo maravillado ahí y, también, de nuevo, tristeza por no haber creído y, muy en el fondo, desconfianza porque el tesoro resultara una estafa; llevaba muy adentro la desconfianza ese abuelo.

Pero la alegría volvió cuando el otro abuelo le dio una palmada en la espalda y lo abrazó torpemente. No sé de donde, el segundo abuelo sacó una guitarra y me la pasó y, para celebrar el hallazgo, toqué una canción rápida y festiva que no sabía que me sabía mientras caía una noche oscurísima, iluminada solo por los acordes de la canción.



Ansiedad: con ella pierdo la raíz, mi raíz,
y aparece un manglar de inseguridad.

Somos manglar, no playa

Cuando el clima cambió, el verano perenne subió mucho más allá de lo conocido. Tanto el trópico de Cáncer como el de Capricornio parieron dos nuevos paralelos para limitar lo tórrido: 45 grados norte y sur. De Wisconsin al Mar de Tasmania las selvas fueron invocadas mientras los imperios de cemento se sofocaron en el sudor de su polvo gris y sus lágrimas de cristal desmadejado.

Las tormentas no tuvieron estación, volviéndose inauditas y sorpresivas. Viejas ciudades costeras se ahogaron y sus restos yacen en fondos marinos donde sus corales y cnidarias son su corona mortuoria.

Entre los esqueletos de hormigón y metal de una de esas ciudades vive la tribu de los Valarsh. Las antiguas y antiguos cuentan, alrededor de los canales entre los rotos gigantes de metal y vidrio, de cómo fue la emigración de los antepasados. De la escasez de alimentos y agua que se daba en esas enormes colectividades, tan inmensas que los niñas y niños que los rodean sólo entienden cuando señalan los granos de arena en la cercana playa.

–M'alam, siendo tantos como los granos, ¿que hacían ante el oleaje del tempo? –pregunta Araim, la niña de ojos dorados y piel más oscura–. Si no tienen a qué aferrarse

las olas se los llevarían. O sólo habría algunos que se irían y retornarían con el flujo, con los demás encima de otros para no ser arrastrados.

–Así era, valarshin –contesta la aludida empleando el cariñoso diminutivo que se le da a las niñas avezadas, que quizás se vuelvan sabias en el futuro–. Todos se pretendían diferentes, únicos como puede ser un grano ante otro pero, en realidad, eran el mismo grano, ser y sentir. Cuando las mareas de sucesos iban y venían, era un revolcadero donde sólo los del fondo rebrotaban a la superficie, pero en el siguiente periodo el ciclo se repetía: superficie baja, fondo sube. La playa, a la distancia, siempre sería la misma aunque las olas, como amantes del tiempo, se la llevarían al mundo del fondo donde sería olvidada.

–Nosotros no somos así, ¿verdad? –volvió a cuestionar Araim.

–No, valarshin. Estamos enraizados y así los oleajes del tiempo no nos pueden llevar. Aunque envejezcamos como estas estructuras, nuestros pies están bien asentados –M'alam señala a la vegetación abajo–. Quizás todo esto se vaya igual que los lugares de donde los antepasados vinieron. Pero lo de allá abajo nos nutrirá y conducirá. Seremos selva y no playa. ¿Comprendes Araim?

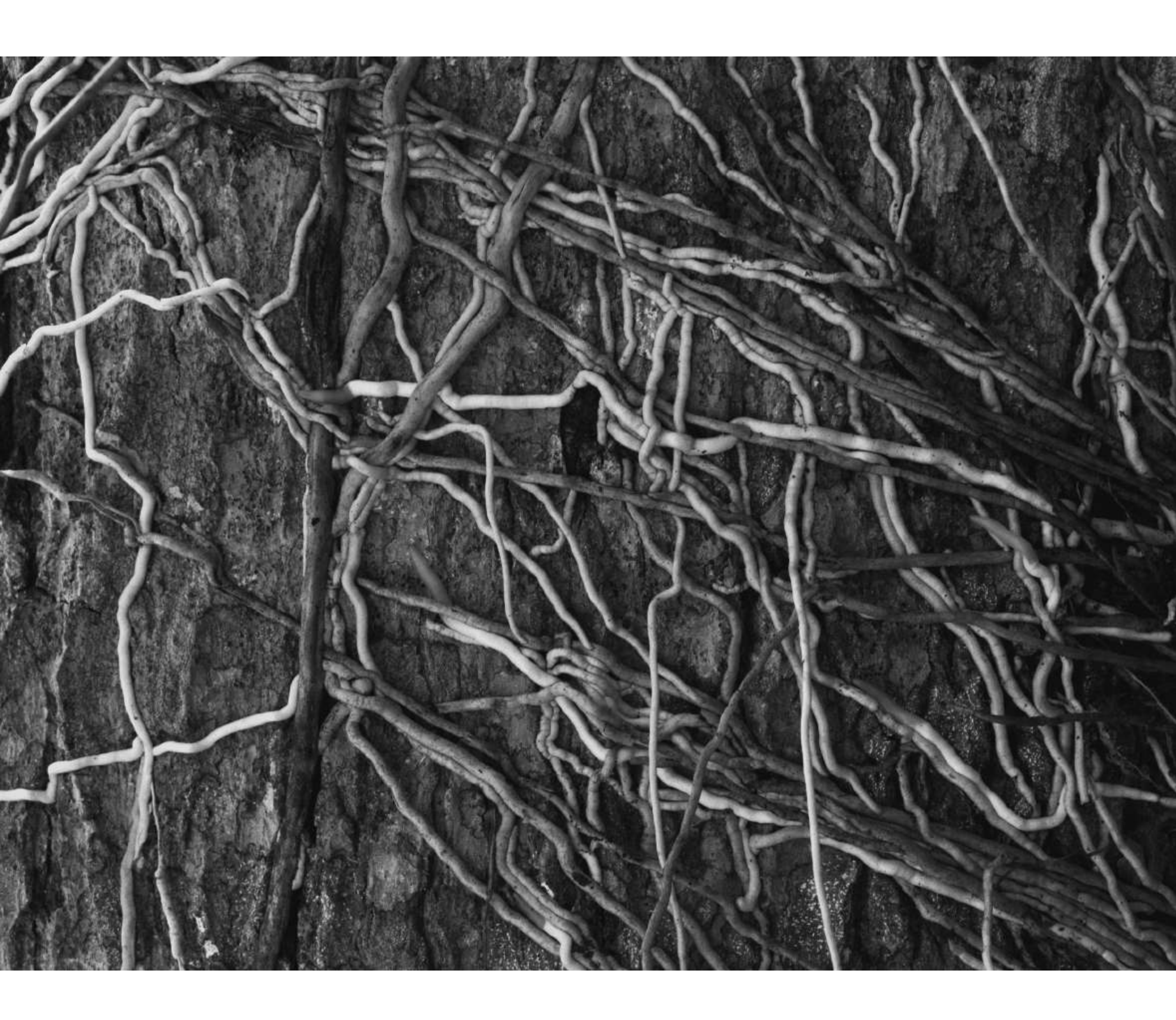
La niña, al ser llamada por su nombre, pega un leve brinco y contesta de inmediato:

–¡Si! Los manglares son los pies del mundo, lo sostienen y lo cuidan.

La antigua casi suelta una carcajada ante la ocurrencia de la niña pero se le cruza un pensamiento: tiene bastante razón. En la era del calor donde las aguas han ascendido, los manglares se entretejen por todas las costas del sur al norte.

–Araim: eres toda una valarshin y quizás, algún día, serás la antigua más joven –luego M’alam abraza a la niña para sentarse a ver cómo la eterna Luna asciende desde el manglar y las aguas.





Todas las cosas de la tierra

Muchos años después, ante la sala de velación número cuatro de la Funeraria Gómez, el joven Lucas Vargas Sierra recordaría la madrugada en que su abuelo lo llevó a conocer las yucas. Decir "lo llevó" no es del todo correcto, en realidad se pegó al viejo cuando este salió de la casa de adobe en la mitad de la montaña, con la neblina bautizando la mañana, y siguió los pasos despreocupados perdiéndose entre los cafetales, más allá del potrero donde Paquita, una vaca color azafrán y sabia como la Santísima Virgen, amamantaba el ternero recién nacido. Tras veinte minutos de caminata llegaron a un plan donde se abrían los tallos delgados de manos verdes extendidas. El abuelo eligió al tacto la indicada y con cuatro golpes de pala (la había llevado al hombro todo este tiempo, aunque no lo hubiésemos visto) dejó expuestas de su cueva, ante la luz cada vez más clara, las raíces gruesas, todavía embarradas, del tubérculo suculento.

Tampoco es del todo correcto afirmar que fue entonces cuando conoció las yucas, pues ya había transcurrido en su existencia un sancocho y el aprendizaje tubercular podía considerarse iniciado. Ambas imprecisiones son formas de dar rodeos. Así como la parodia en el comienzo, así como referirme a mí mismo en tercera persona, así como abundar en abusivas aliteraciones.

Todo para que la imagen no entre demasiado fuerte, todo para que esa primera escena permita una sonrisa y un leve aclimatarse antes de presentar su verdad: una tarde estuve de pie ante el ataúd donde el cuerpo de mi abuelo Sergio empezaba a pudrirse, en una sala con iluminación tenue, olor a café quemado y calor de veladoras. No recuerdo el cadáver en la caja, no recuerdo la misa, ni el horno crematorio, ni la última noche que pasé junto a él. Recuerdo, con claridad, las yucas.

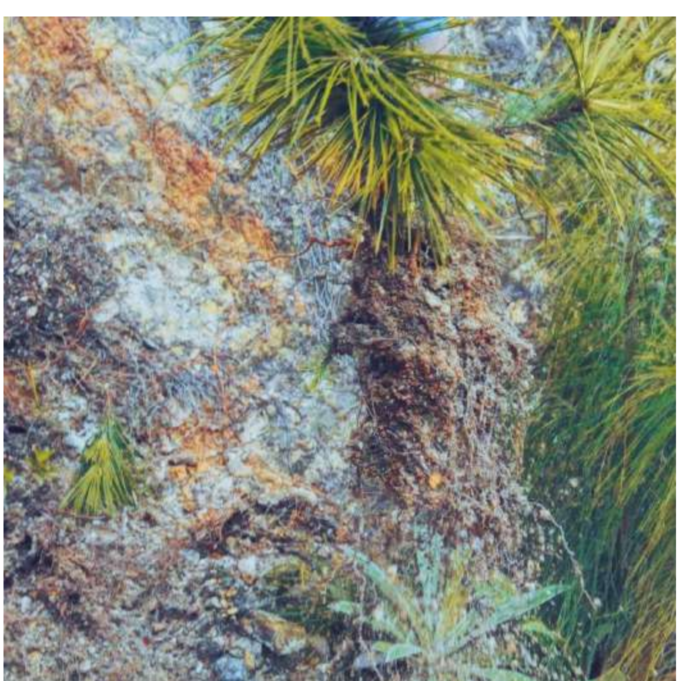
Recuerdo las venas brotadas que cubrían sus manos y la aspereza de sus palmas. Recuerdo que siempre usaba sombrero, incluso cuando estábamos en Medellín, y que nunca lo vi con una cachucha. Recuerdo que escondía en el closet latas de maní salado, y que regalaba puñados, a veces, como si entregara el secreto de la vida eterna. Recuerdo que cuando quería a alguien le pedía que le diera cuerda a un reloj que había en la sala, porque consideraba que hacerlo era un alto honor. Recuerdo que caminaba con las manos en la espalda, sujetando la izquierda con la derecha, como si se estuviera tomando el pulso. Recuerdo que me enseñó a usar un tensiómetro, su risa cuando me sorprendía escuchar de nuevo los latidos cuando la presión de la bomba liberaba el flujo de sangre. Recuerdo que tejía en malla más rápido que cualquiera, y que hizo un buzo en parches rosados, azules y blancos que conservo. Recuerdo que hablaba poco, muy poco, y que se quedaba dormido en la mitad de la novena, cuando lo movíamos para despertarlo retomaba la oración en el punto exacto donde la había suspendido, como si en lugar de horas hubiesen pasado segundos.

Recuerdo que era capaz de reacomodar huesos, aliviar calambres, componer torceduras, se embadurnaba las manos con una crema caliente que olía a petróleo y sobaba hasta hacer desaparecer el dolor. Recuerdos sus manos sosteniendo un palo de yucas con un montón de yucas cubiertas de barro desnudas al aire.

Vine a este texto porque me dijeron que aquí encontraría a mi abuelo, un tal Sergio Sierra, que una mañana cuando la neblina llenaba todo me dejó acompañarlo para escarbar buscando yucas. De todos los recuerdos posibles ese insiste en quedarse, es más nítido, más pleno. El olor de la tierra removida, el frío, el sol blanquísimo del monte, el traqueteo de los animales entre los palos de café, los mugidos de Paquita y las respuestas del ternero todavía sin nombre. Y mi abuelo, que sabía que iba a morirse, aunque no supiera cuando, y que pese a eso nunca me mostró angustia.

Mi abuelo que me muestra un entramado de raíces, con yucas entre ellas, como diciéndome que todas las cosas de la tierra están ahí aunque no las veamos, como él, justo ahora, mientras pongo el punto final.





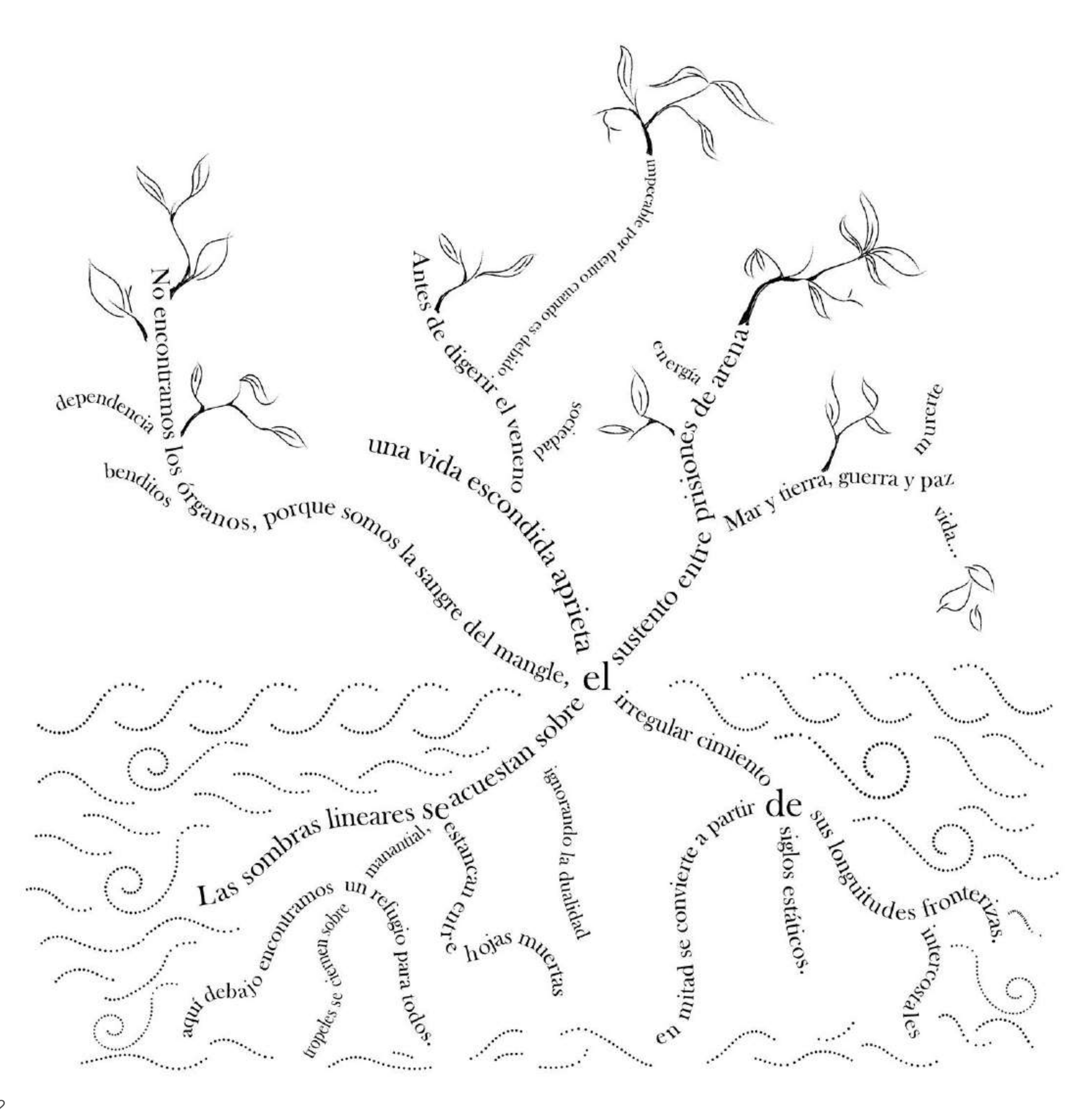
Haustorio

Mis dedos cavan y se deslizan bajo la superficie, se abren paso hasta lograr palparlas. Las ramificaciones se aferran al suelo, se extienden en la búsqueda de una humedad lejana, casi imperceptible. Las partes de un todo que se niega a morir.

Notan mi presencia. Rozan mis yemas, poco a poco rodean mis falanges en busca de una gota más, de un instante más. Perforan mis palmas, se escabullen bajo mi piel.

Podría gritar, podría cerrar mis puños y arrancarlas de la tierra. En cambio, me recuesto y espero quieta, muy quieta. Se apropian de mi cuerpo, absorben mi sangre hasta vaciarme e integrarme.

Queremos más, necesitamos más.


No encontramos los órganos, porque somos la sangre del mangle,
dependencia
benditos
Antes de digerir el veneno
impecable por dentro cuando es debido
sociedad
una vida escondida aprieta
el
sustento entre prisiones de arena
energía
Mar y tierra, guerra y paz
murerte
vida...
Las sombras lineares se acuestan sobre
irregular cimiento
de
sus longuitudes fronterizas.
intercostales
siglos estáticos.
en mitad se convierte a partir
ignorando la dualidad
estancan entre
hojas muertas
manantial,
aquí debajo encontramos un refugio para todos.
tropeles se ciernen sobre



Por qué nos gustan tanto las mujeres ahogadas

quiero como Ofelia
escoger la libertad
¿pero es ella realmente
quien la escoge?

quiero, Virginia,
dejarme llevar
pero me niego a cargar
con la oscuridad

entonces te pido
arbolito
no me sueltes
no me dejes
en este letargo acuático
y enséñame el camino
por el laberinto de tus raíces

sirena no me llames
al fondo del abismo
no me cantes tu canción
de cuna aguamarina

arbolito escurridizo
no te escapes todavía
con tus cien pies flotantes
que me agarro de la vida


Numero 2.
Plan
Ciudad de Cartagena de Colombia
1823.
EARTH

Refugio

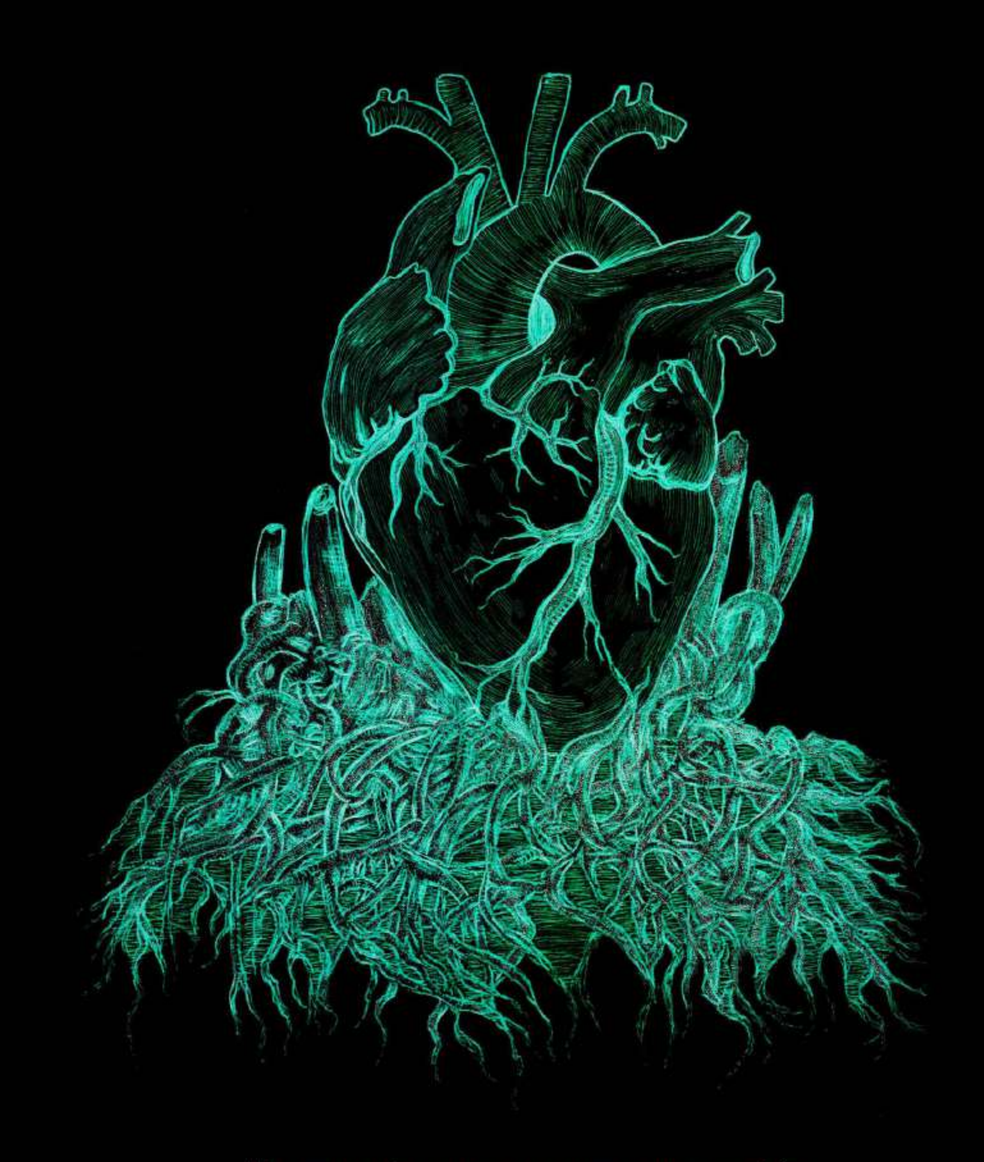
Su primer recuerdo es del agua
los pies sumergidos en las algas,
la flor del mangle.

Mi madre solía cantarle una canción.
Después, en un brazo:
el mar.

Un bosque extiende raíces en el litoral
y en su refugio vivíparo se forma la ciénaga.

Algún día volverá a sumergir su cuerpo en el océano.

En el otro brazo:
el cielo.



Mi corazón es un negro con poción
que afina el alma en marea baja,
que no se encuentra con las coordenadas del tuyo,
Cuánto quisiera sincronizar mis raices con tus sentimientos.



Crecerán por encima como un nido celestial
Raíces que harán coreografías del aire
Raíces que nacerán de un océano negro
Tenemos necesidades de agua y viento

Donde yacen las palabras

La savia encuentra su potencia en vocablos antiguos

- sagrados-

Árboles que abandonan la tierra para emerger en medio del río.

Trueno que se multiplica anunciando el camino principal de la noche.

Viento que somete nuestro navío para materializar la fragilidad humana en el mundo.

Palabras de los abuelos y en ellas el poder que invocan para curar y desatar universos.

Aquí, todos hablan

Trueno, Lluvia y Viento



Tillandsia

El cielo bajo mis pies. Una pared sobre mi cabeza y un techo sobre mi pecho.

No sé, no entiendo este espacio. ¿qué es este lugar que me rodea?

No sé,

No sé.

Respiro y el vaho se hace bruma y la bruma neblina.

¿Dónde está el calor que saque este frío de mi pecho?

No sé, ya no sé, cuál es el significado de volver.

Ya no, ya no hay un suelo que me afirme.

Seré, soy mi propio sustrato.

Mis raíces están al aire.

Ya no,

Ya no pertenezco al suelo.

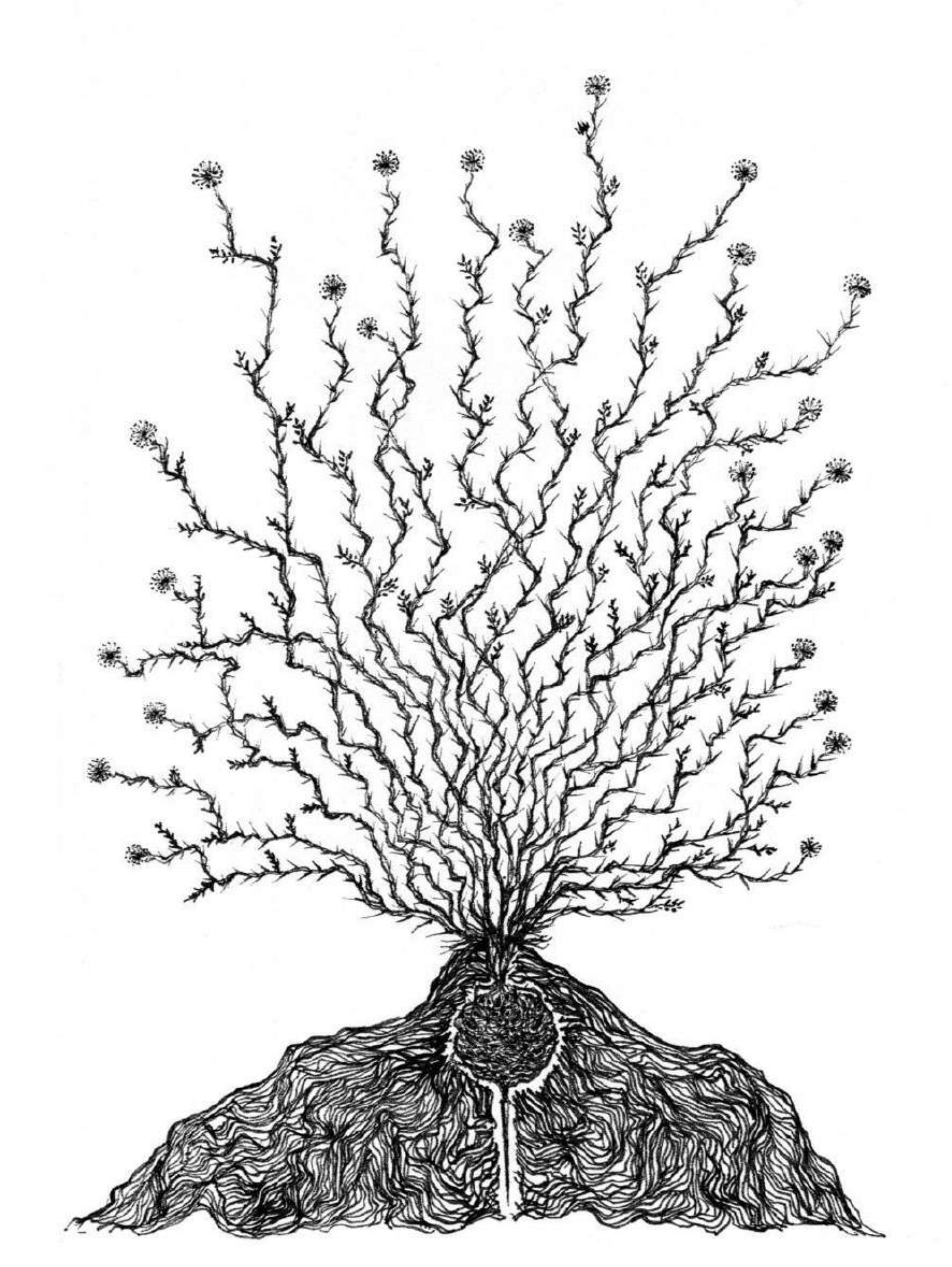
El desarraigo me hace mover y a dónde llegue invadir.

Por ahora quedará caminar,

Por inercia avanzar.

No sé,

No sé cuándo encontraré el lugar donde mi cuerpo cansado pueda descansar.



Línea del tiempo o cronología de la ausencia

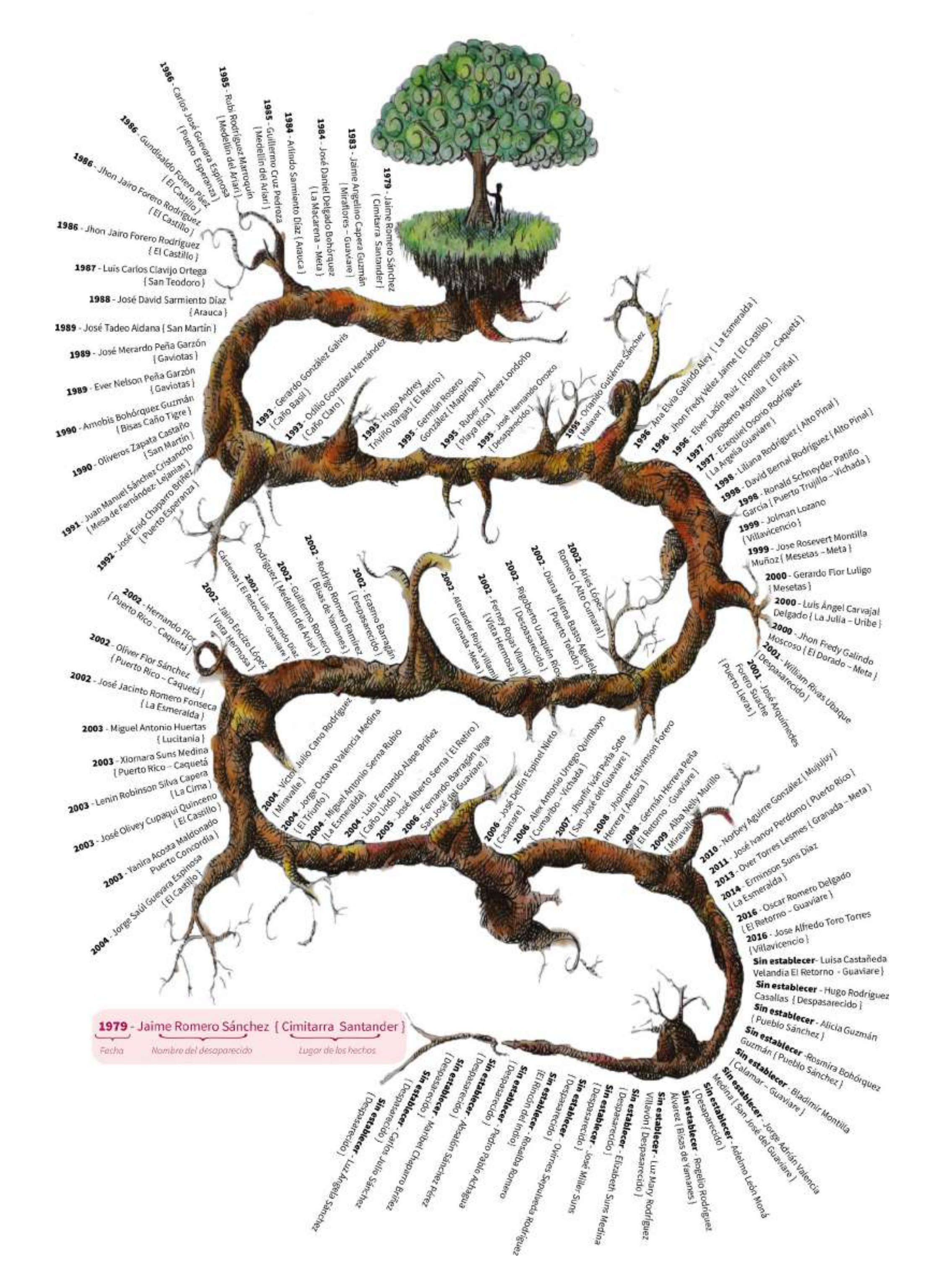
Colectivo Para Colorear

Los datos recolectados en esta línea de tiempo o cronología de las ausencias, fueron sistematizados por la corporación Claretiana Norman Pérez Bello, con el propósito de visibilizar sucesos de desaparición forzada a lo largo del tiempo, en el municipio El Castillo, ubicado en el noroccidente del departamento del Meta, a tan solo una hora y media, por carretera de la ciudad de Villavicencio Colombia.

A partir de esta información el Colectivo para colorear hizo una interpretación gráfica de dichos datos, usando como analogía del trascurrir del tiempo las raíces de un árbol emblemático de la región , el Samán. Este árbol representa la fortaleza del pueblo del castillo, que se ha mantenido en pie a pesar de los improperios que ha tenido que vivir a lo largo de su historia.

La raíz sinuosa hace parte de la publicación : Corporación Claretiana Norman Pérez Bello. (2020). Buscando entre samanes (experiencia de acompañamiento a familiares de personas desaparecidas) (N.o 1).

https://corporacionclaretiana.org/


1979 - Jaime Romero Sánchez { Cimitarra Santander }
1983 - Jaime Angelino Capera Guzmán { Miraflores – Guaviare }
1984 - José Daniel Delgado Bohórquez { La Macarena – Meta }
1984 - Arlindo Sarmiento Díaz { Arauca }
1985 - Guillermo Cruz Pedroza { Medellín del Ariari }
1985 - Rubí Rodríguez Marroquín { Medellín del Ariari }
1986 - Carlos José Guevara Espinosa { Puerto Esperanza }
1986 - Gundisaldo Forero Páez { El Castillo }
1986 - Jhon Jairo Forero Rodríguez { El Castillo }
1986 - Jhon Jairo Forero Rodríguez { El Castillo }
1987 - Luis Carlos Clavijo Ortega { San Teodoro }
1988 - José David Sarmiento Díaz { Arauca }
1989 - José Tadeo Aldana { San Martín }
1989 - José Merardo Peña Garzón { Gaviotas }
1989 - Ever Nelson Peña Garzón { Gaviotas }
1990 - Amobis Bohórquez Guzmán { Bisas Caño Tigre }
1990 - Oliveros Zapata Castaño { San Martín }
1991 - Juan Manuel Sánchez Cristancho { Mesa de Fernández- Lejanías }
1992 - José Enid Chaparro Briñez { Puerto Esperanza }
1993 - Gerardo González Galvis { Caño Basil }
1993 - Odilio González Hernández { Caño Claro }
1995 - Hugo Andrey Triviño Vargas { El Retiro }
1995 - Germán Rosero González { Mapiripan }
1995 - Ruber Jiménez Londoño { Playa Rica }
1995 - José Hernando Orozco { Desaparecido }
1995 - Orlando Gutiérrez Sánchez { Malavar }
1996 - Ana Elvia Galindo Aley { La Esmeralda }
1996 - Jhon Fredy Vélez Jaime { El Castillo }
1996 - Elver Ladín Ruiz { Florencia – Caquetá }
1997 - Dagoberto Montilla { El Piñal }
1997 - Ezequiel Osorio Rodríguez { La Argelia Guaviare }
1998 - Liliana Rodríguez { Alto Pinal }
1998 - David Bernal Rodríguez { Alto Pinal }
1998 - Ronald Schneyder Patiño García { Puerto Trujillo – Vichada }
1999 - Jolman Lozano { Villavicencio }
1999 - Jose Rosevert Montilla Muñoz { Mesetas – Meta }
2000 - Gerardo Flor Luligo { Mesetas }
2000 - Luis Ángel Carvajal Delgado { La Julia – Uribe }
2000 - Jhon Fredy Galindo Moscoso { El Dorado – Meta }
2001 - William Rivas Ubaque { Despasarecido }
2001 - José Arquimedes Forero Suache { Puerto Lleras }
2002 - Arles López Romero { Alto Curmaral }
2002 - Diana Milena Basto Agudelo { Puerto Toledo }
2002 - Rigoberto Usaquén Ríos { Despasarecido }
2002 - Ferney Rojas Villamil { Vista Hermosa }
2002 - Alexander Rojas Villamil { Granada - Meta }
2002 - Erasmo Barragán { Despasarecido }
2002 - Rodrigo Romero Ramírez { Bisas de Yamanes }
2002 - Guillermo Romero Rodríguez { Medellín del Ariari }
2002 - Luis Armando Díaz Cárdenas { El Retorno – Guaviare }
2002 - Jairo Enciso López { Vista Hermosa }
2002 - Hernando Flor { Puerto Rico – Caquetá }
2002 - Oliver Flor Sánchez { Puerto Rico – Caquetá }
2002 - José Jacinto Romero Fonseca { La Esmeralda }
2003 - Miguel Antonio Huertas { Lucitania }
2003 - Xiomara Suns Medina { Puerto Rico – Caquetá }
2003 - Lenin Robinson Silva Capera { La Cima }
2003 - José Olivey Cupaqui Quinceno { El Castillo }
2003 - Yanira Acosta Maldonado Puerto Concordia }
2004 - Jorge Saúl Guevara Espinosa { El Castillo }
2004 - Víctor Julio Cano Rodríguez { Miravalle }
2004 - Jorge Octavio Valencia Medina { El Triunfo }
2004 - Miguel Antonio Serna Rubio { La Esmeralda }
2004 - Luis Fernando Alape Briñez { Caño Lindo }
2005 - José Alberto Serna { El Retiro }
2006 - Fernando Barragán Vega San José del Guaviare }
2006 - José Delfín Espinel Nieto { Casanare }
2006 - Alex Antonio Urrego Quimbayo { Cumaribo – Vichada }
2007 - Jhonfir Iván Peña Soto { San José del Guaviare }
2008 - Jholmer Estivinson Forero Herrera { Arauca }
2008 - Germán Herrera Peña { El Retorno - Guaviare }
2009 - Alba Nelly Murillo { Miravalle }
2010 - Norbey Aguirre González { Mujujuy }
2011 - José Ivanov Perdomo { Puerto Rico }
2013 - Over Torres Lesmes { Granada – Meta }
2014 - Erminson Suns Díaz { La Esmeralda }
2016 - Oscar Romero Delgado { El Retorno - Guaviare }
2016 - Jose Alfredo Toro Torres { Villavicencio }
Sin establecer - Luisa Castañeda Velandia El Retorno - Guaviare }
Sin establecer - Hugo Rodríguez Casallas { Despasarecido }
Sin establecer - Alicia Guzmán { Pueblo Sánchez }
Sin establecer - Rosmira Bohórquez Guzmán { Pueblo Sánchez }
Sin establecer - Bladimir Montilla { Calamar – Guaviare }
Sin establecer - Jorge Adrián Valencia Medina { San José del Guaviare }
Sin establecer - Adelmo León Moná { Desaparecido }
Sin establecer - Rogelio Rodríguez Álvarez { Bisas de Yamanes }
Sin establecer - Luz Mary Rodríguez Villavón { Despasarecido }
Sin establecer - Elizabeth Suns Medina { Despasarecido }
Sin establecer - José Miller Suns { Despasarecido }
Sin establecer - Ovimes Sepulveda Rodríguez { Despasarecido }
Sin establecer - Rosalba Romero { El Rincón del indio }
Sin establecer - Pedro Pablo Achagua { Despasarecido }
Sin establecer - Abisalón Sánchez Pérez { Despasarecido }
Sin establecer - Manuel Chaparro Briñez { Despasarecido }
Sin establecer - Carlos Julio Sánchez { Despasarecido }
Sin establecer - Luz Ángela Sánchez { Despasarecido }
1979 - Jaime Romero Sánchez { Cimitarra Santander }
Fecha
Nombre del desaparecido
Lugar de los hechos

Raíces y Manglares

fue posible gracias a

- **Pirata Espacial** (MED, COL) Portada y contraportada

- **Verónica Matallana Chaves** (BOG, COL) 7
  Descomposición de un manglar
  Imagen de archivo (*, *, *, *) y edición digital
  Instagram: @pajaros.del.monte + Twitterr: @pajarosdelmonte

- **Sara Mikán** (BOG, COL) 8
  Mi corazón es un pantano
  Poesía
  Instagram: @saradesastres

- **Fernanda Huamán** (antigüedad de presente) 9-11
  Lugares extraños
  Técnica: fotopoesía de raíces proyectadas
  Instagram:@an.fotera + http://ffffhp.blogspot.com/

- **Silvia Favaretto** (VCE, ITA) 12-13
  Cuerda y agua, agua y cuerda
  Poesía
  Correo: silviafavaretto7@gmail.com

- **Violeta Correa** (BOG, COL) 14-15
  Líneas de un sueño entrelazado
  Técnica: tinta china sobre papel periódico
  Instagram: @violen.ta

- **Manuel Kalmanovitz (**BOG, COL) 16-20
  Dos abuelos
  Ilustración + texto
  Twitter: @mkal121

- **Polufonía** (COL) 21
  Autodestrucción
  Técnica: dibujo digital con pinceles pastel.
  Instagram: @poludrawsbad

- **Eduardo Honey** / 22-24
  Somos manglar, no playa
  Cuento

- **David Ricardo Romero Alvis** (BOG, COL) 25-26
  Orquídea en palo de mango
  Fotografía digital
  Instagram: @puntopunto.puntopunto

- **Lucas Vargas Sierra** / 27-29
  Todas las cosas de la tierra
  Cuento
  https://300x300x300.wordpress.com/

- **Sara Martínez** (BOG, COL) 30
  Brevísimas raíces donde más piñas no sueñan
  Fotografía digital
  Instagram: @sabeelmar

- **María Paula Torres** / 31
  Haustorio
  Texto
  Tuiter: @MariaPaula_T

- **David Arco** (ZULIA, VEN) 32
  Sangre de mangle
  Técnica: caligrama e ilustración digital
  Instagram: @hectorcianci

- **María Laura Cianci** (ZULIA, VEN) 33
  Camino en el pantano
  Técnica: ilustración digital y acuarelas
  Instagram:@cianciartist

- **Mikaela Huet** (BOG, COL) 34-35
  Por qué nos gustan tanto las mujeres ahogadas
  Poesía
  Instagram: @mikahuet + Twitter: @mikaela_hv

- **Pirata Espacial** (MED, COL) 36-37
  Refugio
  Collage + texto

- **Pat Narval** (BOG, COL) 38-39
  Raíz de racimo / Raíz aérea
  Ilustración y texto, técnica mixta.
  Instagram: @slackerose

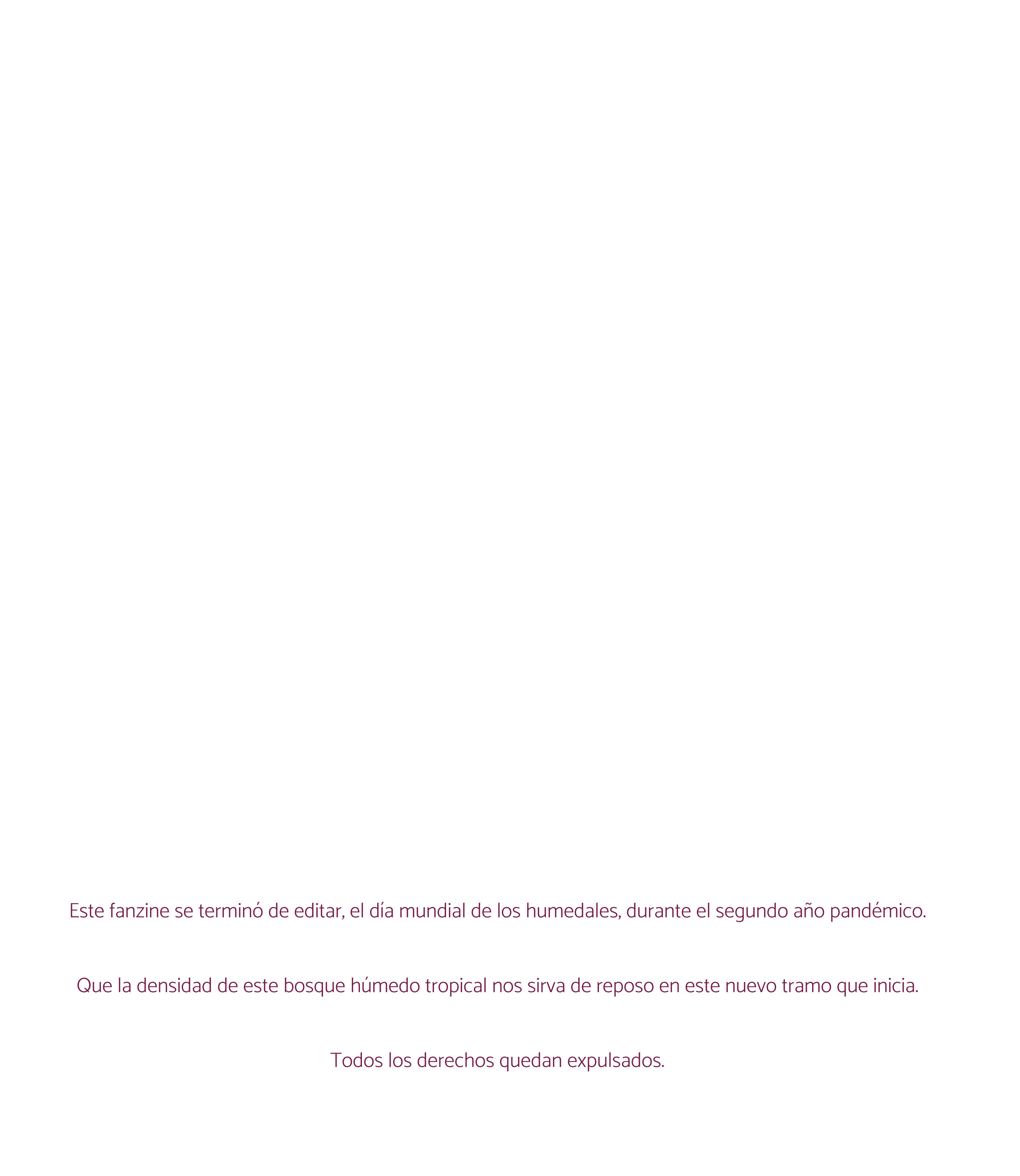
- **Diana González N.** (BOG, COL) 40
  Donde yacen las palabras
  Poesía
  Instagram: @diana_freejazz

- **Laura Delgado Bejarano** / 41
  Pelliciera rhizophorae
  Fotografía digital
  Instagram: @WhoisBejarano

- **Lirio Jacinto** (BOG, COL) 42
  Tillandsia
  Texto
  Instagram: @luloconpersonalidad

- **Neufa** / 43
  Sunqu nanaynin (Corazón que duele)
  Técnica: tinta china sobre papel
  Instagram: @kichkanue

- **Colectivo para colorear** / 44-45
  Línea del tiempo o cronología de la ausencia
  Ilustración + texto



Este fanzine se terminó de editar, el día mundial de los humedales, durante el segundo año pandémico.

Que la densidad de este bosque húmedo tropical nos sirva de reposo en este nuevo tramo que inicia.

{

⏜

{{

⏜ }’

⏜

{

⏜

|



Numero 2.
EARTH
Plan
Ciudad de Cartagena de Colombia
1823.